

LA FACULTAD DE VETERINARIA Y EL ORIGEN DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

PRESENTACIÓN

Diego Santiago Laguna

El libro que hoy presentamos no es sino un ejercicio compartido de reflexión retrospectiva sobre acontecimientos y personas.

Los hechos los conocimos, y las personas nos acompañaron en los años más añorados de nuestra vida. Los años en los que el vigor físico e intelectual, se adornaba con la pasión por el quehacer universitario y también, en mi caso de manera especial, con el empeño de explorar osadamente nuevas y poliédricas perspectivas y facetas de nuestro oficio.

Era nuestra vida y nuestro oficio de profesores universitarios; apostábamos por ser entonces, como ya preconizara Seneca en el siglo primero de nuestra era, no más sabios, sino mejores por el ejercicio del estudio.

Y ahora os estamos invitando a compartir nuestras reflexiones, esperando de la amabilidad de los que nos lean una acogida benevolente a estas aportaciones y si ello procediera, vuestra generosa contribución con datos, materiales documentales y elementos de referencia que permitan continuar esta aventura historiológica y sobre todo mejorarla.

En esta ocasión hemos actuado como modestos y diligentes aprendices en el taller donde se construye la historia. Pero quizá lo que más certeramente puede definir nuestra pretensión ya lo señaló el escritor *Graham Greene* para quién *"los que hacen historia son personas que se interesan por el futuro cuando este ya ha pasado"*.

Los sucesos y los personajes que aparecen en nuestra modesta publicación son un pasado que germinó en el futuro, en el que estamos ahora instalados y somos beneficiarios con fortuna. Primero alumnos, más tarde egresados, luego profesores de la facultad de Veterinaria de Córdoba hemos llegado a ser universitarios en la Universidad de Córdoba.

Ha sido una larga singladura, apasionante, vital, reconfortante y plena que nos ha dejado desnudos de vanidad y ligeros del pesado equipaje de las frustraciones insatisfechas y de los recuerdos amargos y lacerantes, que han quedado lejanos, en el camino, cuando ya se avista la serenidad de la playa que nos aguarda.

Antonio Rodero ha hablado de lugares y acontecimientos; yo quiero recordaros a las personas.

Las obras humanas las dignifican los honrados protagonistas de los acontecimientos.

¿Hay acontecimiento más hermoso que ensanchar cada día el horizonte intelectual y moral de los más jóvenes? ¿Hay individuos más honorables que los maestros que pacientemente se empeñan en ello?

Por los párrafos y por la iconografía de esta publicación van desfilando maestros, compañeros y amigos que contribuyeron con su presencia y su esfuerzo a consolidar un centro universitario de prestigio, como ha sido la facultad de Veterinaria de Córdoba, que jugaría un papel determinante en la implantación de la universidad en nuestra ciudad.

En una palabra, aquellos maestros fueron actores de un empeño que iba más allá del estricto cultivo de los saberes académicos especializados y que se identificaba, como diría el profesor Medina Blanco, *“por los efectos que inducían en el entorno social y económico”*.

La facultad de Veterinaria de Córdoba, heredera y continuadora de la Escuela Superior de la que devino, era el centro que intervino en Córdoba, durante los años centrales del pasado siglo, sin duda los más difíciles de nuestra reciente historia común, en la creación y generación de un estado de curiosidad científica y cultural, que acompañando a lo meramente académico le daba una personalidad singular y característica.

Y ello fue posible por la concurrencia en esta tarea común de los personajes a los que aludimos.

Eran maestros con la autoridad que otorgan las cualidades esenciales de la aristocracia intelectual: el rigor auto-exigido, la búsqueda constante de algo, que ahora llamamos excelencia y para ellos sólo cumplimiento exacto del deber por encima de lo exigible, la entrega constante a los demás y la curiosidad apasionada por lo nuevo y por lo venidero, que no se aceptaba ni se incorporaba sin una meticolosa valoración de su contenido.

Unos, y eludo citar sus nombres porque están en la memoria de todos y los reconoceréis en mi laudatoria, fueron meticulosos hasta la extenuación en la aplicación del método científico, ensayo y error, para acceder al conocimiento; otros demostraron en todas sus actuaciones un sentido común y un talento brillante para llevar a la facultad a la consecución de objetivos inasequibles en una sociedad escasa de recursos y posibilidades; los hubo que dedicaron denodadamente todos sus esfuerzos a la consolidación de una estructura administrativa del centro, rigurosa y eficaz al servicio de los estudiantes, de sus familias y de la profesión; no olvidamos a los que hicieron de su ejercicio profesional impecable el aula itinerante de lo que más tarde explicaban ante la pizarra; recordamos a los que con altruismo, espíritu universitario y humanidad afable y generosa supieron dar a sus conocimientos una proyección humanitaria, y también se hacen presentes en nuestras páginas los maestros que no solo continuaron sino que aumentaron y enriquecieron un antiguo y valioso patrimonio global de cultura, ciencia y profesión que ha llegado y se conserva hasta nuestros días como característica definitoria de la Facultad.

Todo ello fue posible también porque alrededor de ellos se conglomeró un grupo afortunado de discípulos de, llamémosle, segunda generación. Nos mostraron el camino; nos animaron a conocer el mundo universitario más allá de las fronteras de un país autárquico y enquistado, alentaron nuestras incipientes rebeldías, procuraron poner las bases para lo que lúcidamente presintieron: la llegada de la universidad.

Pero en nuestro relato, a los comienzos de la década de los setenta, se incorporan nuevos personajes al escenario historiado.

En una sinergia afortunada y oportuna aparecen entre nosotros los compañeros y amigos, venidos de otras realidades académicas que van a apostar por una universidad en Córdoba, coco a codo, con los veterinarios locales: en este aspecto es también singular el hecho universitario en nuestra ciudad. La facultad de Veterinaria acoge en su solar y recibe en su ámbito social a una pléyade de académicos provistos de saberes, actitudes y capacidades novedosas que van a enriquecer el ámbito común de convivencia.

A veces los determinantes antigénicos de un profesionalismo mal entendido nos jugaron malas pasadas en el arranque de tiempos y empeños sinérgicos; pero sobre todo queda el recuerdo de vivencias afortunadas descubriendo en los laboratorios, en las bibliotecas, en las tertulias literarias y a veces en las cumbres húmedas y ventosas de las

serranías andaluzas, cómo se podía compartir un nuevo concepto del mundo y de la ciencia con carácter más rico y universal que el hasta entonces vislumbrado.

La mayoría de los recién incorporados fueron jóvenes profesores que rápidamente sintonizaron con un espíritu universitario latente en la ciudad y en sus instituciones. Este espíritu que la facultad de Veterinaria había mantenido vivo, como el rescoldo brillante debajo de la ceniza del tiempo y las dificultades.

Pero también hemos procurado recordar en nuestras páginas los personajes más comprometidos y responsables en el desarrollo de la Universidad de Córdoba en su despegue inicial. En un escenario agitado por cambios políticos trascendentales, vividos en la sociedad española de entonces, tuvieron que procurar continuidad y progreso a un proyecto de futuro nacido de un pasado veterinario.

Ejemplares, si bien muy diferentes, fueron los primeros mandatos rectorales. En ellos la prudencia y la osadía, la serenidad y el impulso, el pasado y el futuro tuvieron que acomodarse para no romper el hilo conductor de nuestra pequeña historia: la Universidad ante todo y para todos.

Con ellos una rica concurrencia de valores científicos, culturales, profesionales, políticos y sociales de los que sus portadores aparecen referenciados en nuestras páginas, hicieron posible la Universidad que tenemos.

En un esbozo final de nuestra obra se abre una línea de continuidad para el estudio de los hechos y sus protagonistas.

De nuevo en los finales de los años 80 la facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba, tuvo un papel decisivo, ahora no en la fundación, sino en la configuración topográfica y funcional del solar académico. Las necesidades estructurales de un nuevo concepto de universidad pluridisciplinar y permeable, abierta y articulada propició que la vieja facultad de Veterinaria se abriera a nuevos horizontes y centrara un esfuerzo económico descomunal para la implantación de un campus moderno y adecuado a las demandas del momento.

A cambio legó a la ciudad el espléndido y singular edificio en el que nos encontramos, que define con todo merecimiento el perfil eterno de una ciudad milenaria, que atesora el destino de la humanidad.

En esta gestión también estuvieron presentes los profesores de la facultad de Veterinaria, que acompañados por otros miembros de la comunidad universitaria protagonizaron una etapa trascendente en la historia más reciente de la universidad cordobesa.

No hemos querido entrar en el análisis de estos acontecimientos ni de sus protagonistas. La cercanía cronológica exige que para alcanzar una perspectiva de ellos, similar a la que hemos tomado para los temas abordados en nuestra publicación, transcurran los años suficientes para garantizar una exploración desapasionada de esta cuestión.

Finalizaré glosando la presencia y el empeño de protagonistas de hechos universitarios en Córdoba, surgidos de nuevas generaciones, que laboran de manera silente y modesta en la consecución de logros, a veces tan menudos y en apariencia prescindibles, como el acto que celebramos hoy.

En primer lugar celebro la presencia entre nosotros de Álvaro Carnicero Carmona, joven arquitecto que ha ilustrado con su maestría de "dibujante urbano" la portada de este libro con su personal visión de la fachada de la antigua "Veterinaria", hoy sede del rectorado de la Universidad. Gracias Álvaro por tu colaboración imprescindible.

La joven empresa Gráficas la Paz de Torredonjimeno se hace presente, hoy, aquí, en la cuidada stampa que ha proporcionado a esta publicación. El buen hacer y la atención afectuosa y servicial de sus trabajadores ha facilitado de manera decisiva que hayamos culminado y materializado nuestros pensamientos en las páginas de estos ejemplares de formato sencillo y elegante.

La dinámica actividad del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba podría resumirse solo en una frase clara y contundente extraída de las páginas de un clásico literario. "Aunque es mía la obra el milagro es tuyo".

Como laboriosa es la tarea de los Gabinetes universitarios de Prensa y de Protocolo que están en la sala de máquinas del buen hacer institucional de la Universidad y de su difusión. Hoy lo han hecho como siempre: Bien, porque la modestia de sus componentes me impide decir, de Manera Excelente.

Y terminaré dedicando públicamente mi reconocimiento, mi amistad y mi consideración al amigo entrañable y antiguo profesor, que me ha acompañado desde los años limpios e ilusionados de la primera juventud

hasta el día de hoy. Hoy cuando se concluye un ciclo de cooperación diaria, compleja y a veces desconcertante, que hemos precisado para dar fin a nuestro intento. Al profesor Antonio Rodero Franganillo, que tanto ha contribuido a que os dirija la palabra con el orgullo de haber sido y ser alumno y profesor de la Facultad de Veterinaria y miembro activo de la comunidad académica en la Universidad de Córdoba.

Córdoba, 12 de marzo de 2012